

Omraam Mikhaël Aïvanhov

De la tierra al Cielo  
*El sentido de la oración*

*Traducción del francés*



EDICIONES PROSVETA

***Parte I***

De la tierra al Cielo...  
y del Cielo a la tierra

¡Cuántas enseñanzas espirituales han difundido la idea de que la tierra es un lugar de exilio donde el ser humano está condenado a vivir, esperando retornar un día a su patria celestial! ¿Pero por qué deberíamos estar exiliados en la tierra?... Aun admitiendo que sea el caso, y si es aquí y no en otra parte que la divina Providencia nos ha enviado, es porque tenemos un trabajo a realizar en ella. Un ser humano que no asume la vida en la tierra no puede llevar una verdadera vida en el Cielo.

Cuando rezamos, dirigimos naturalmente nuestra mirada interior hacia el Cielo. Pero mirando al Cielo, no deseamos apartarnos de la tierra. Si contemplamos el Cielo, si nos dirigimos a Él, es para convertirnos nosotros mismos en transmisores del Cielo, para hacer descender sobre la tierra todo lo que es hermoso, puro, luminoso, eterno arriba. ¿Por qué el paraíso debe estar sólo arriba, y aquí en la tierra siempre la miseria, la pobreza y la fealdad? No, el paraíso debe descender a la tierra. La Inteligencia cósmica no nos ha enviado a la tierra para que, una vez llegados, solo pensáramos en dejarla con el pretexto de que el Cielo es nuestra verdadera patria. Para nuestra salud física y psíquica, es tan perjudicial querer abandonar la tierra por el Cielo como abandonar el Cielo por la tierra.

He aquí cómo debéis rezar, dijo Jesús:

***“Padre nuestro que estás en los cielos,  
Santificado sea tu nombre;  
Venga a nosotros tu reino,  
Hágase tu voluntad  
así en la tierra como en el Cielo...”***

*“En la tierra como en el Cielo...”* Es así como Jesús nos hace tomar conciencia del lazo que existe entre el mundo de abajo, la tierra, y el mundo de arriba, el Cielo. Una vez que hemos tomado conciencia con nuestros pensamientos, nuestros sentimientos y nuestros actos, debemos abrirnos al Cielo a fin de que circule una corriente de energías puras, hasta que el orden, la armonía, la belleza, que reinan arriba, desciendan sobre la tierra. Diréis que no es posible. Sí, es posible. Hacer descender el Reino de Dios sobre la tierra es posible.

Nada es más importante que lograr reunir en nosotros el Cielo y la tierra, es decir aprender a vivir en el Cielo sin perder nunca el sentido de las realidades terrestres. Como es un equilibrio difícil de lograr, a menudo nos encontramos con idealistas que no saben sobre - que suelo caminan, o bien con materialistas totalmente obnubilados por las necesidades de la vida terrestre. Por esta razón, la tarea principal de una enseñanza espiritual es formar a seres que sepan que están en la tierra para trabajar en ella, consagrándose interiormente a la realización de un ideal divino. Llegan a ser uno con este ideal, se fusionan con él sin perder el sentido de la tierra. Estos son los seres del futuro.

Por supuesto, si alguien decide de pronto imponer el orden divino en nuestro mundo, víctima de tantos desórdenes y violencias, su empresa estará condenada al fracaso. No se puede decretar el orden divino desde el exterior y por la

fuerza. Pero cuando Jesús rezaba para que el Reino de Dios descendiera sobre la tierra, esta tierra en la cual pensaba primero, es el ser humano él mismo. Es primero en cada uno de nosotros que debe venir el Reino de Dios. La luz está en el Cielo, el amor, la fuerza están en el Cielo, y son esta luz, este amor, esta fuerza que debemos hacer bajar para introducirlos en nuestro cerebro, en nuestro corazón, en nuestros pulmones... en todo nuestro cuerpo. Así, después de años de esfuerzos, lograremos realizar dentro de nosotros la unión del Cielo y de la tierra, del espíritu y de la materia. Y una vez realizada esta unión dentro de nosotros, podremos contribuir a realizarla a nuestro alrededor. He aquí el sentido de las palabras de Jesús.\*

Desde hace dos mil años los cristianos recitan “*Venga a nosotros tu Reino; hágase tu voluntad así en la tierra como en el Cielo*”, pero continúan obedeciendo únicamente a voluntades humanas, la suya propia y la de los demás, voluntades oscuras, egoístas, violentas, anárquicas. Por eso se ven siempre los mismos desórdenes, los mismos sufrimientos. Cuando los humanos se hagan conscientes de la tarea para la cual se encarnaron, se decidirán a trabajar sobre la tierra, y primero sobre “su” tierra, es decir ellos mismos. Muchos rezan, cierto, pero ¿qué piden en sus oraciones?... Rezar verdaderamente, es hacer vibrar todo su ser al unísono del mundo divino, hasta que la tierra se convierta en el espejo en el cual el Cielo pueda reflejarse.

\*Ver *La Biblia, espejo de la creación*. Comentarios del Nuevo Testamento, parte II, cap. 19: “Jesús nos enseña a rezar”.

***Parte II***

¿A quién nos dirigimos  
cuando rezamos a Dios?

## Dios

### La noción de orden jerárquico

“¡Oh, Dios!”... “Dios mío...” son las palabras que pronuncian instintivamente los creyentes, y a veces incluso los no creyentes. ¿Desde cuándo los humanos han adoptado la costumbre de llamar espontáneamente a una Divinidad cuando necesitan expresar un deseo, pedir ayuda?... nunca se sabrá.

En el sermón de la montaña, cuando Jesús enseña a sus discípulos y a la multitud cómo rezar, las primeras palabras de esta oración son: “*Padre nuestro, que estás en los Cielos...*” Podemos pues dirigirnos a Dios como a un padre, pero no en cualquier estado interior, ni en cualquier condición. Es demasiado fácil quedarse en una interpretación superficial de estas palabras “Padre nuestro”. A menudo los humanos se comportan como niños exigentes, caprichosos, inconsecuentes; están persuadidos de que Dios está ahí para satisfacer sus deseos, socorrerles, perdonar sus faltas y abrazarlos. ¡Pues, no! Y es por eso que el Señor les expulsa diciéndoles: “Si queréis que os abrace, ¡lavaros primero!”

Sea cual fuere el amor de sus padres, si un niño se acerca a darles un beso con la cara sucia de mermelada o de chocolate, le mandarán a lavarse primero. Y Dios actúa del mismo modo. A pesar de todo su amor, no puede abrazar a aquél que no se ha liberado de algunas impurezas. ¿Qué significa esto?

Que no puede haber confluencia entre dos substancias que no son de la misma naturaleza. Y puesto que Dios es luz, solo podemos acercarnos a Él, ser escuchados por Él si intentamos convertirnos nosotros mismos en luz. Aquél que está cubierto de polvo, se quedará siempre lejos de Él, no le escuchará.

Demasiados creyentes imaginan ingenuamente que basta dirigirse al Señor para acceder directamente a Él. Verdaderamente ignoran quien es Él. Aún si, en los Evangelios, Jesús no cesa de dirigirse a Él y de presentarlo como nuestro Padre, en su esencia, Él quedará siempre más allá de lo que podemos conocer o entender.

Una imagen puede darnos aproximativamente una idea de Dios: la electricidad. Un gran número de aparatos que usamos diariamente funcionan gracias a la electricidad. Pero un contacto directo con ella es a menudo mortal, porque posee una potencia prodigiosa. Para usarla sin peligro, se necesitan transformadores que atenúan su potencia. Es lo mismo con Dios. Dios es comparable con la electricidad pura con la que solo podemos conectarnos a través de intermediarios. Estos intermediarios son las innumerables entidades luminosas que habitan los cielos y que la tradición ha llamado jerarquías angélicas\*. Es a través de ellas que recibimos la luz divina, y es por ellas que logramos entrar en relación con Dios que representa la cima de la jerarquía\*\*.

\* Esas jerarquías están presentes en el *Árbol sefirótico*. Ver Izvor n° 236: *Del hombre a Dios, sefirot y jerarquías angélicas*.

\*\* Palabra de origen griego formado a partir del adjetivo “*hiéros*”: sagrado y “*arkhé*”: principio, origen, mandato.

*¿A quién nos dirigimos cuando rezamos a Dios?*

Cierto que podéis rezar digiriéndoos a Dios, pero sabed que sus oraciones nunca le alcanzan directamente: son otras entidades que llevan vuestras peticiones, y si estas peticiones no son puras, desinteresadas, no serán transmitidas y nunca recibiréis respuesta. Es preferible conocer esta realidad para no hacerse ilusiones. En cierto modo, estamos siempre en relación con Dios pues está presente en todos los niveles de la creación, pero debemos esforzarnos en elevarnos más y más arriba a fin de entrar verdaderamente en relación con Él.